

Capítulo 13

El Pacto Eterno: las promesas de Dios

Las promesas a Israel

The Present Truth, 30 julio, 1896

Israel, príncipe de Dios

Jacob había comprado de Esaú la primogenitura a cambio de un plato de comida, y mediante el engaño había obtenido de su padre la bendición del primogénito. Pero no son esos los medios por los que se obtiene la herencia que Dios prometió a Abraham y a su descendencia. A Abraham le fue asegurada por la fe, y nadie puede esperar obtenerla mediante el fraude o la fuerza. “Ninguna mentira procede de la verdad” (1 Juan 2:21). La verdad no puede ser jamás servida por la falsedad. La herencia prometida a Abraham y a su descendencia era una herencia de justicia, por lo tanto no se la podía obtener mediante injusticia alguna. Las posesiones terrenales son a menudo obtenidas y sostenidas mediante el fraude, pero no sucede así con la herencia celestial. Lo único que Jacob ganó con su agudeza y engaño, fue hacer de su hermano un eterno enemigo, y convertirse en un exiliado de la casa de su padre por más de veinte años. Además, no volvió a ver a su madre nunca más.

Sin embargo, Dios había predicho con mucha antelación que Jacob sería el heredero, en lugar de su hermano mayor. El problema de Jacob y su madre es que pensaron que ellos podían cumplir las promesas de Dios a su propia manera. Se trataba del mismo tipo de equivocación que habían cometido Abraham y Sara. No podían esperar que Dios cumpliera sus propios planes de acuerdo con su providencia. Rebeca sabía lo que Dios había dicho en relación con su hijo Jacob. Había oído a Isaac prometer la bendición a Esaú, y pensó que a menos que ella interviniera, el plan de Dios fracasaría. Olvidó que la herencia dependía enteramente del poder del Señor, y que ningún hombre podía decidir nada con respecto al mismo, excepto rechazarlo personalmente. Incluso si Esaú hubiera recibido la bendición de su padre, Dios habría cumplido su plan en el momento señalado.

Elección de Dios

Jacob estaba exiliado por partida doble. No es sólo que fuera un extranjero en la tierra, sino que además era fugitivo. Pero Dios no lo abandonó. Pecaminoso como era, había esperanza para él. Alguien podría extrañarse de que Dios prefiriese a Jacob antes que a Esaú, puesto que en ese momento el carácter de Jacob en nada parecía mejor que el de Esaú. Recordemos que Dios no elige a nadie debido al buen carácter que posea. “Nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de placeres y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, odiados y odiándonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor para con la humanidad, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:3-7).

Dios escoge a los seres humanos, no por lo que son, sino por lo que él puede hacer de ellos. Y no hay límite en cuanto a lo que él es capaz de hacer, hasta del más vil y depravado, si es que este lo desea y cree a su Palabra. Un don no puede ser impuesto; por

lo tanto, aquellos que esperan la justicia de Dios y la herencia de justicia, deben estar dispuestos a recibirla. “Al que cree todo le es posible” (Mar 9:23). Dios “es poderoso para hacer las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Efe 3:20) si confiamos en su Palabra, que obra eficazmente en aquel que cree. Los fariseos eran en principio mucho más respetables que los publicanos y las prostitutas, sin embargo Cristo afirmó que estos últimos entrarían en el reino de los cielos antes que los primeros. La razón era que los fariseos confiaban en ellos mismos y no creían a Dios, mientras que los publicanos y las prostitutas creyeron al Señor y se entregaron a él. Tal era el caso con Jacob y Esaú. Esaú era un incrédulo. Consideraba con desprecio la palabra de Dios. Jacob no era mejor por naturaleza, pero creyó la promesa de Dios, quien es poderoso para hacer participante de la naturaleza divina al que cree (2 Ped 1:4).

Dios eligió a Jacob de la misma forma en que lo hace con cualquier otro. “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él” (Efe 1:3-4). Somos escogidos en Cristo. Y puesto que todas las cosas fueron creadas en Cristo, y en él subsisten todas las cosas, es evidente que no se requiere de nosotros que vayamos a buscar a Cristo, sino que lo reconozcamos, y permanezcamos en él por la fe. No hubo más parcialidad en la elección de Jacob, antes que naciera, de la que hay en la elección de cualquier otro. La elección no es arbitraria: en Cristo, si nadie lo rechazara y despreciara, nadie resultaría perdido.

¡Cuán amplia la gracia! ¡Cuán gratuito el don!
Sólo pedid, y se os dará,
llamad, y se os abrirá
la puerta que da entrada al cielo.
Oh, levántate y toma el bien
que tan generosamente se te da.
Recuerda que costó la sangre
del que dio su vida en el Calvario.

Primera lección de Jacob

Si bien Jacob creyó en la promesa de Dios lo suficiente como para que se aplicara a cumplirla por sus propios esfuerzos, no comprendió su naturaleza hasta el punto de reconocer que solamente Dios podía cumplirla mediante su justicia. Siendo así, el Señor comenzó a instruirlo. Jacob se encontraba en solitario viaje hacia Siria, huyendo de la ira de su hermano ofendido. “Llegó a un cierto lugar y durmió allí, porque ya el sol se había puesto. De las piedras de aquel paraje tomó una para su cabecera y se acostó en aquel lugar. Y tuvo un sueño: Vio una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo. Ángeles de Dios subían y descendían por ella. Jehová estaba en lo alto de ella y dijo: ‘Yo soy Jehová, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente, pues yo estoy contigo, te guardaré dondequiera que vayas y volveré a traerte a esta tierra, porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho’. Cuando Jacob despertó de su sueño, dijo: ‘Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía’. Entonces tuvo miedo y exclamó: ‘¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo’” (Gén 28:11-17).

Eso fue una gran lección para Jacob. Anteriormente, su noción acerca de Dios había sido muy burda. Había supuesto que Dios estaba confinado a un lugar. Pero ahora que se le había aparecido, comenzó a comprender que “Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren” (Juan 4:24). Comenzó a comprender lo que Jesús dijo a la mujer samaritana mucho tiempo después, a propósito de que Dios no depende de un determinado lugar, sino de que el alma del creyente, esté donde esté, se aferre a él.

Además, Jacob comenzó a comprender que la herencia que Dios había prometido a sus padres, y que él había pensado obtener mediante una astuta maniobra, era algo a obtener de una forma totalmente distinta.

No podemos saber cuánto de la lección aprendió en aquel momento; pero sabemos que en esa revelación Dios le proclamó el evangelio. Ya hemos visto que Dios proclamó el evangelio a Abraham en las palabras: “En ti serán benditas todas las familias de la tierra”. Por lo tanto, estamos seguros de que cuando Dios dijo a Jacob: “Todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente”, le estaba predicando el mismo evangelio.

Esa declaración incluía la promesa de una tierra y de una posteridad innumerable. La promesa hecha a Jacob fue idéntica a la que se hizo a Abraham. La bendición que había de venir mediante Jacob y su descendencia, era idéntica a la de Abraham y la suya. La descendencia es la misma: Cristo y los que son suyos mediante el Espíritu; y la bendición viene mediante la cruz de Cristo.

Lo anterior venía indicado por lo que Jacob vio y por lo que oyó. Había una escalera que se apoyaba en tierra, alcanzando hasta el cielo a modo de conexión entre Dios y el hombre. Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, es el lazo de unión entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre. La escalera que conecta el cielo con la tierra, sobre la que subían y descendían los ángeles de Dios, era una representación de lo que Jesús dijo a Natanael, aquel verdadero israelita: “Desde ahora veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre” (Juan 1:51). El camino al cielo es el camino de la cruz, y así le fue indicado a Jacob aquella noche. La herencia y la bendición se obtienen, no mediante la afirmación de uno mismo, sino mediante la negación del yo. “Todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mat 16:25).

Aplicando la lección

No necesitamos referirnos en detalle a la estancia de Jacob en Siria. En los 20 años que sirvió a su suegro Labán, tuvo amplia oportunidad de aprender que el engaño y la astucia para nada aprovechan. Fue pagado en la misma moneda que él empleara; pero Dios estuvo con él y lo prosperó. Por toda evidencia, Jacob había aprendido bien la lección, pues en el trato con su tío no vemos indicios de su natural disposición a abusar de los demás. Parece que encomendó su causa plenamente al Señor, y sometió a él toda forma de buscar por sí mismo venganza o resarcimiento. En su respuesta a la acusación de Labán de haberle estado robando, Jacob dijo:

“Estos veinte años he estado contigo; tus ovejas y tus cabras nunca abortaron, ni yo comí carnero de tus ovejas. Nunca te traje lo arrebatado por las fieras: yo pagaba el daño; lo hurtado, así de día como de noche, a mí me lo cobrabas. De día me consumía el calor y de noche la helada, y el sueño huía de mis ojos. Así he estado veinte años en tu casa: catorce años te serví por tus dos hijas y seis años por tu ganado, y has cambiado mi salario diez veces. Si el Dios de mi padre, Dios de Abraham y temor de Isaac no estuviera conmigo, de cierto me enviarías ahora con las manos vacías; pero Dios ha visto mi aflicción y el trabajo de mis manos, y anoche te reprendió” (Gén 31:38-42).

Esa fue una declaración calmada y digna, y mostraba que había actuado bajo el mismo temor respetuoso y el mismo espíritu de Isaac. En el caso de Jacob la predicación del evangelio no había sido en vano: en él se había producido un gran cambio.

Observa en este punto que Jacob no había obtenido beneficio alguno de la primogenitura que tan astutamente compró a su hermano. Sus propiedades eran el fruto directo de la bendición de Dios. Y en relación con eso podemos señalar el hecho de que la bendición de Isaac tenía por fin el que Dios lo bendijera. No era esa el tipo de herencia que se puede transmitir del padre al hijo, como ordinariamente sucede, sino que tenía que llegar a cada uno mediante la bendición y mediante la promesa directa y personal de Dios. Para ser “herencia de Abraham, y conforma a la promesa, los herederos”, hemos de ser de Cristo. Si somos de él, y somos coherederos con él, entonces somos “herederos de Dios”.

La prueba final

Pero Jacob había fracasado gravemente en su vida anterior, y así, Dios, como fiel Instructor, tenía necesariamente que llevarlo al mismo terreno otra vez. Jacob había pensado ganar mediante el engaño: tenía ahora que comprender plenamente que “esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5:4).

Cuando Rebeca propuso enviar fuera de casa a Jacob ante la amenaza de muerte de Esaú, le dijo: “Ahora pues, hijo mío, obedece a mi voz: levántate y huye a casa de mi hermano Labán, en Harán, y quédate con él algunos días, hasta que el enojo de tu hermano se mitigue, hasta que se aplaque la ira de tu hermano contra ti y olvide lo que le has hecho; entonces enviaré yo a que te traigan de allá” (Gén 27:43-45). Pero ella desconocía la naturaleza de Esaú. Él era implacable en su resentimiento. “Así ha dicho Jehová: ‘Por tres pecados de Edom [Esaú], y por el cuarto, no revocaré su castigo: porque persiguió a espada a su hermano y violó todo afecto natural; en su furor le ha robado siempre y ha guardado perpetuamente el rencor” (Amós 1:11. “Edom” es “Esaú”, como muestra Gén 25:30 y 36:1). Vemos aquí que, por mala que fuese la disposición natural de Jacob, el carácter de Esaú era por demás despreciable.

Veinte años después, el odio de Esaú estaba tan fresco como el primer día. Cuando Jacob le envió mensajeros para hablarle pacíficamente, para buscar la reconciliación, le llegaron noticias de que Esaú estaba viniendo con cuatrocientos hombres. Jacob no podía ni pensar en la posibilidad de resistir a esos guerreros adiestrados, pero había aprendido a confiar en el Señor, y así lo encontramos rogando de este modo que el Señor cumpla sus promesas:

“Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, Jehová, que me dijiste: ‘Vuélvete a tu tierra y a tu parentela, y yo te haré bien’, ¡no merezco todas las misericordias y toda la verdad con que has tratado a tu siervo!; pues con mi cayado pasé este Jordán, y ahora he de atender a dos campamentos. Líbrame ahora de manos de mi hermano, de manos de Esaú, porque le temo; no venga acaso y me hiera a la madre junto con los hijos. Y tú has dicho: ‘Yo te haré bien, y tu descendencia será como la arena del mar, que por ser tanta no se puede contar’” (Gén 32:9-12).

Jacob había procurado con anterioridad obtener lo mejor de su hermano mediante el fraude. Había pensado que de esa forma podría ser heredero de las promesas de Dios. Ahora aprendió que sólo por la fe se las podía obtener, y se postró en oración a fin de ser librado de su hermano. Habiendo hecho lo mejor que pudo con su familia y ganados, buscó la soledad para continuar con su oración a Dios. Reconoció que no era digno de nada, y que abandonado a sí mismo, perecería. Sintió que todo cuanto podía hacer era entregarse plenamente a la misericordia de Dios.

“Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Cuando el hombre vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: -Déjame, porque raya el alba. Jacob le respondió: -No te dejaré si no me bendices. -¿Cuál es tu nombre? -le preguntó el hombre. -Jacob -respondió él. Entonces el hombre dijo: -Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. -Declárame ahora tu nombre -le preguntó Jacob. -¿Por qué me preguntas por mi nombre? -respondió el hombre. Y lo bendijo allí mismo. Jacob llamó Peniel a aquel lugar, porque dijo: ‘Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma’” (Gén 32:24-30).

Muchos hablan frecuentemente de luchar con Dios en oración, tal como hizo Jacob. No hay evidencia de que Jacob supiera que era el Señor con quien estaba luchando, sino hasta el amanecer, cuando su contendiente le dislocó la cadera. El ángel se le apareció como un hombre, y Jacob pensó sin duda que estaba siendo víctima del ataque de algún ladrón. Bien podemos suponer que Jacob estuvo toda la noche en amarga agonía. Se acercaba rápidamente el tiempo en el que habría de encontrarse con su airado hermano, y no osaría hacerle frente sin la completa seguridad de que todo estaba en paz entre él mismo y Dios. Necesitaba saber que había sido perdonado por su malvada conducta anterior. Sin embargo, las horas que había planeado dedicar a estar en comunión con el Señor, estaban siendo “malgastadas” en luchar con un supuesto enemigo. Podemos estar seguros de que mientras que aplicaba sus fuerzas corporales a resistir a su oponente, su corazón se elevaba a Dios en angustiada súplica. El suspense y ansiedad de esa noche debieron ser terribles.

Jacob era un hombre de gran fortaleza y resistencia física. Cuidar el ganado de día y de noche durante años así lo demostraron y posibilitaron. Así, continuó luchando toda la noche sin ceder terreno. Pero no fue de ese modo como ganó la victoria. Leemos que “con su poder venció al ángel. Luchó con el ángel y prevaleció; lloró y le rogó; lo halló en Betel, y allí habló con nosotros. Mas Jehová es Dios de los ejércitos: ¡Jehová es su nombre!” (Oseas 12:3-5).

Jacob prevaleció por su poder, pero no fue por su poder como luchador. Su poder estuvo en su debilidad, tal como veremos.

Observa que el primer indicio que tuvo Jacob de que su oponente no era un ser humano cualquiera, fue cuando le dislocó el muslo con un toque. Eso le reveló en un instante quién era su supuesto enemigo. No se trataba de un toque humano: lo que sintió era la mano del Señor. ¿Qué hizo entonces? ¿Qué podía hacer un hombre en su condición? Imagina a un hombre luchando, al que de repente se le disloca la articulación principal de una de sus extremidades. Habría significado caer al suelo, aun en el caso de que se hubiera encontrado simplemente caminando o puesto en pie. Tal habría sucedido ciertamente a Jacob, si no fuera porque se aferró inmediatamente al Señor con firmeza. De forma automática se habría asido de lo primero que encontrase; pero la constatación de que allí estaba Aquel con quien tanto había deseado encontrarse hizo de su acto de asirse de él algo mucho más que meramente instintivo. Había llegado su oportunidad, y no la dejaría escapar.

Que Jacob dejó inmediatamente de luchar y se aferró al Señor es evidente, no sólo porque eso es lo único que podía hacer, sino también por la palabra del Señor: “Déjame”. “No”, respondió Jacob. “No te dejaré si no me bendices”. Era un asunto de vida o muerte. Su vida y salvación dependían de aferrarse al Señor. La expresión “Déjame”, tenía por único objeto probarlo, pues Dios no desea abandonar a ningún hombre. Jacob estaba ciertamente determinado a encontrar la bendición, y prevaleció. Fue por su fortaleza por la que prevaleció, pero se trató de la fortaleza de su fe. “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12:10).

Un nombre nuevo

El cambio de nombre significó para Jacob la seguridad de que había sido aceptado. No es que el nombre le confiriese nada, sino que era el indicador de lo que ya había obtenido. Reposando en Dios, había cesado de sus propias obras, de forma que no era ya más el suplantador, buscando lograr sus propios fines, sino el príncipe de Dios, quien había luchado la buena batalla de la fe y se había aferrado de la vida eterna. A partir de ahora se lo conocería como Israel.

Ahora podía ir a encontrarse con su hermano. Aquel que ha visto a Dios cara a cara, no tiene nada que temer del encuentro con ningún hombre. El que tiene poder para con Dios, ciertamente prevalecerá ante el hombre. Ese es el secreto del poder. Sepa el siervo del Señor que si ha de tener poder para con los hombres, ha de prevalecer primeramente con Dios. Ha de conocer al Señor, y tiene que haberse encontrado con él cara a cara. Al tal dice el Señor: “Yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan” (Lucas 21:15). Esteban conocía al Señor y estaba en comunión con él, y los que odiaban la verdad “no podían resistir la sabiduría y el Espíritu con que hablaba” (Hechos 6:10). ¿Cuál no debió ser entonces su poder para con aquellos cuyos corazones estaban abiertos a recibir la verdad?

En esa historia de Jacob volvemos a aprender la forma en la que se obtiene la herencia que Dios prometió a Abraham y a su descendencia. Es solamente por la fe. El arrepentimiento y la fe son el único medio de liberación. De ninguna otra forma podía esperar ser participante de la herencia. Su salvación radicaba enteramente en su dependencia de la promesa de Dios. Así es como fue hecho participante de la naturaleza divina (2 Ped 1:4).

¿Quiénes son israelitas?

Aprendemos también quién constituye Israel. Ese nombre le fue dado en razón de la victoria que obtuvo por la fe. No le confirió gracia ninguna, sino que era una señal de la gracia que poseía ya. Esa misma gracia será otorgada de igual modo a todo aquel que venza por la fe, y a nadie más. Ser llamado israelita no añade nada a nadie. No es el nombre el que trae la bendición; es la bendición la que trae el nombre. Como sucedía con Jacob, nadie posee el nombre por naturaleza. El verdadero israelita es aquel en quien no hay engaño. Dios sólo puede agradarse en alguien así; pero “sin fe es imposible agradar a Dios” (Heb 11:6). Por lo tanto, el verdadero israelita es aquel que tiene fe personal en el Señor. “Porque no todos los que descienden de Israel son israelitas”; “sino que son contados como descendencia los hijos según la promesa” (Rom 9:6 y 8).

Que todo aquel que quiera ser hallado auténtico israelita considere cómo recibió Jacob el nombre (Israel), y comprenda que sólo de esa forma es posible llevarlo dignamente. Cristo, en tanto en cuanto simiente prometida, tuvo que experimentar la misma lucha. Peleó y venció mediante su confianza en la palabra del Padre, y por lo tanto él es por derecho propio el Rey de Israel. Sólo “israelitas” compartirán con él el reino; ya que los israelitas son vencedores, y la promesa se hace “al vencedor”. Dice el Señor: “Al vencedor le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apoc 3:21).